

Suárez Mayorga, Adriana María. *La ciudad de los elegidos: Crecimiento urbano, jerarquización social y poder político; Bogotá, 1910-1950. Bogotá: Editorial Guadalupe, 2006. 229 páginas.*

Carlos Miguel Ortiz Sarmiento
Profesor
Universidad Nacional de Colombia

Descubrir cómo un pueblo de ruanas, carrozas de mulas y faroles esquineros de aceite que un lamparero prende todas las tardes a las seis, se va transformando hasta llegar a la ciudad de 8 millones, caótica a veces, hermosa otras veces, que hoy disfrutamos y padecemos, es algo fascinante: más cuando ese recorrido puede hacerse de la mano de un texto, como lo es el que se está reseñando, signado por la buena escritura.

Hasta las más grandes aglomeraciones y las más importantes ciudades han tenido orígenes pequeños, modestos, que es delicioso rastrear: hace más de 2.000 años en Occidente, Tito Livio nos narra, en su historia de la poderosa Roma imperial, cómo ella también había nacido de una pequeña aldea blancuzca de colinas rizadas, la legendaria Alba Longa.

La historia urbana tiene el encanto de lo cotidiano, quizá porque en ella se entretreje lo público con los retozos de la intimidad de los gustos, los mobiliarios, los paisajes de la historia de la vida privada; porque allí se cruzan la sociología y la arquitectura con lo antropológico y con lo estético.

El libro de Adriana María Suárez Mayorga logra situarse muy bien en el debate de la historia urbana colombiana, aprovechando los aportes hechos a la historia de Bogotá por estudiosos de mi generación como Fabio Zambrano, Germán Mejía, Jacques Aprile, y trabajos de investigadores más jóvenes que son tesis de grado todavía sin publicar, como la de Jorge Humberto Mesa. Enriqueciendo ese acervo con el trabajo de sus propias fuentes, los Acuerdos y las Actas del Concejo de Bogotá, y los archivos del Registro Municipal. En la pesquisa de estas fuentes, Adriana muestra sus competencias de historiadora, al hacer una tarea ordenada, crítica, exegética, y al saber armar con datos las piezas de un entramado lógicamente coherente y conceptualmente inteligente.

Al combinar las fuentes secundarias con las fuentes primarias, como se dice en la jerga de los historiadores, Adriana tiene unos propósitos claros a los cuales logra apuntar, sin perderse ni vacilar a través del escrito. Son tres las tesis principales que defiende en el libro, y que dan lugar a los tres grandes capítulos en que se divide y a los tres componentes del subtítulo:

a) La primera es que el crecimiento demográfico de la ciudad, acompañado, al menos inicialmente, más de un aumento de la densidad y de la construcción que de una expansión longitudinal, no obedece fundamentalmente a los procesos de industrialización, como en el esquema de las ciudades europeas, sino aquí va

más ligado al aumento de las actividades comerciales y del sector terciario; tal crecimiento es leído por los sectores dirigentes, dentro del contexto internacional de cierta “globalización” capitalista, como inscrito en la ley del “progreso”, cuyos indicadores y símbolos fueron el alumbrado público, el acueducto y alcantarillado, el transporte público, tranvía de mulas primero y luego tranvía eléctrico; pero ese “progreso” se enunció y no culminó, hallándonos frente a lo que Adriana llama, inspirada en la tesis de Marshall Berman para San Petersburgo, el modernismo del subdesarrollo.

b) La segunda tesis es que el crecimiento de la ciudad, entendido, claro está, en los términos de la tesis anterior, conllevó una diferenciación social de sus habitantes a través del espacio, o sea una disgregación social de la ciudad. Adriana se detiene particularmente en el surgimiento y desarrollo de los llamados “barrios obreros” y su relación con la planeación de la ciudad en manos de los dirigentes. Es uno de los momentos más sugestivos del escrito, ese recorrido genealógico por barrios como La Perseverancia, Ricaurte y Modelo del Norte.

c) La tercera tesis es que las disposiciones que fueron ordenando la ciudad en esas décadas de crecimiento provinieron fundamentalmente de un sector de habitantes que detentaban poder, y Adriana los llama “los de arriba”; no obstante, en algunos momentos, más episódicos que definitivos, afloraron contracorrientes jalonadas por “los de abajo”, como el boicot de 1910 a la empresa norteamericana del tranvía (en la que los protagonistas fueron, al parecer, no solamente “los de abajo”, sino también algunos de “los de arriba”), o las manifestaciones de 1929 por la destitución del alcalde, que terminaron con los trágicos hechos del 8 de junio. Adriana privilegia como lugar de toma de decisiones sobre los rumbos de la ciudad al Concejo o Cabildo, y por eso se propone pacientemente expurgar todas las listas de concejales, principales y suplentes, desde 1909 hasta 1949, con su actividad económica o profesional y su localización dentro del espacio de la ciudad. Pienso que valdría la pena extender esa pesquisa a instituciones diferentes del Cabildo, como la Sociedad de Mejoras Públicas, desde 1919.

Como para Adriana el órgano a través del cual actúan “los de arriba” para trazar los rumbos de Bogotá es el Concejo, por eso “los de arriba” son también “los elegidos” (de ahí el título del libro), los concejales elegidos. El adjetivo, por lo demás, recuerda el título de un libro conocido de Alfonso López Michelsen, y juega con una doble connotación: la política, que es democrática, por los nombres resultantes de las elecciones, en las que participan todos, incluidos “los de abajo”; y la connotación social, paradójicamente elitista: los ungidos, por su ubicación privilegiada en la pirámide social.

¿Quiénes son esos elegidos? ¿De dónde provienen? ¿Qué les confiere esa distinción? Ahí Adriana intenta ir más allá del enfoque de reducción a lo económico de algunos de sus maestros de la carrera de Historia, e introduce un vector muy importante en la detentación del poder al hablarnos del poder de los letrados, de

los ilustrados, en una relación de doble vía, muy interesante, entre poder y saber. No obstante, pronto disuelve esta categoría en la de gente adinerada, comerciantes y hacendados que al tiempo eran urbanizadores. Más allá de la relación lógica que existe entre las dos categorías, entre otras cosas por el hecho de que en la época sólo van a la Universidad, salvo excepciones, los hijos de padres adinerados, reducir lo uno a lo otro podría ser una añoranza doctrinaria.

Un enfoque diferente puede ser, por ejemplo, que los “elegidos” logran armonizar intereses de arriba y de abajo, e impulsaran una movilización supra-clasista, mítica o no, como quizá fuese el caso de la ciudad de Medellín, durante los mismos años, en torno a la consigna del “empuje paisa”; lo estándar sería aquí la articulación de los intereses de los de arriba y de los de abajo, de los intereses colectivos o públicos con los individuales; y para la desviación del estándar –o anomalía– se acuña entonces el término del “hombre estorbo”, aquél que, haciendo primar un interés individual o de grupo, se atraviesa en los intereses colectivos.

¿Se trata, pues, de que el sector de los que deciden es elitista en Bogotá y no lo es en Medellín? ¿O acaso en las dos ciudades los procesos de toma de decisiones son parecidos? Un análisis comparativo entre el escrito de Adriana y los de, por ejemplo, Fernando Botero Herrera, seguramente nos descifrará muchos elementos de la evolución de las dos ciudades.

Muchos interrogantes se abren al leer este libro. Yo me preguntaba, por ejemplo, sobre la distancia de magnitudes entre las obras monumentales construidas en Ciudad de México durante el período del *porfiriato*, y las obras, coetáneas, construidas en Bogotá con el mismo objetivo de “modernizar” la ciudad, arraigándose, a la vez, como en México, en el culto de la Patria y de los héroes.

Pensemos en los 36 grandes monumentos de héroes mandados a construir por el presidente Porfirio Díaz a lo largo de los 12 kilómetros del imponente Paseo de la Reforma, y, en Bogotá, el Bolívar ecuestre al que se redujo un proyecto inicial más grande encomendado a un escultor francés, pero para el que el presidente Reyes, que fue el de la idea, no tuvo recursos. O la misma adecuación del Paseo de la Reforma, inspirado en los parisinos Campos Elíseos, frente a la construcción, en Bogotá, del Parque de la Independencia y del Paseo Bolívar –marco oriental del Parque–, hoy parte de la Avenida Circunvalar. ¿Esas diferencias de magnitud dependieron sólo de las necesidades viales impuestas por el respectivo tamaño de las ciudades? ¿O del tamaño de los fiscos de los países o de las capitales? ¿O bien dependieron de la osadía o pusilanimidad de los que decidían?

Iguals preguntas surgen si pensamos en el Buenos Aires de los mismos años: sus muchos monumentos erigidos también en 1910 en el sector de Palermo para conmemorar el centenario de la Revolución de Mayo (la mayoría de ellos donados por países europeos de origen de las colonias inmigrantes), o el trazado, en 1912, de la Avenida 9 de Julio, que culminó, sin embargo, bastantes años después, con los 140 metros de ancho como hoy la conocemos. En ambas ciudades, Buenos

Aires y Bogotá, se hizo en 1910 una Exposición Industrial y Agrícola, dentro de las celebraciones, en cada país, de su Centenario. Para ver obras de cierta magnitud comparable, Bogotá tendría que esperar, más de 40 años, el gobierno de un también general, Rojas Pinilla, a quien se deben el actual aeropuerto internacional, la avenida que lo unió con San Diego, la 26, y que se complementó, un año después del derrocamiento, con la construcción de los viaductos y puentes de la 26. ¿Fue porque sólo entonces el gobierno nacional, en vez de los “elegidos”, tomó cartas en la ciudad capital? ¿O porque sólo entonces el fisco o el propio tamaño de la ciudad posibilitaron visualizarlo?

El tema de la modernización –en nuestra jerga de hoy– y de los patrones europeos para concebirla es otro de los temas interesantes que surgen del libro. ¿Modernización sin urbanismo? ¿Modernización sin modernidad? ¿Modernización del subdesarrollo? Más que modernización, el término que se usaba en la época era el de *progreso*. El uso del término supone que la historia es ascendente, y la ley que la rige, la del *progreso*. Transporte colectivo, servicios públicos, industrias, eran el signo del progreso. Los parámetros se tomaban de Europa; Porfirio Díaz, en México, añoraba Francia, fue a vivir a París sus últimos días después de derrocado. Sin embargo, de los 36 monumentos mandados a construir sobre el Paseo Reforma en nombre del Progreso, uno de los más imponentes es el de Cuauhtémoc, símbolo mexicano de la resistencia indígena; utilización política del pasado por un presidente que llega al gobierno a nombre de la Reforma (liberal) y se queda en él 35 años en nombre del Progreso, pero afincado en la dictadura. No son comparables, en Colombia, las maniobras reeleccionistas-dictatoriales del general Reyes y del general Rojas, y entre los 50 años que separan a los dos generales-presidentes colombianos no hubo tampoco nada así como la Revolución Mexicana, pero dado lo decisivos de los dos momentos para las obras de “progreso” de Bogotá, y lo decisivo del *porfiriato* en las de la capital mexicana, vale la pena relacionar lo uno y lo otro en torno a las preguntas sobre las paradojas del “Progreso” (o de la modernización) en la historia de Latinoamérica y, dentro de ella, en la historia de sus ciudades.¹

Bien, muchas otras preguntas suscita la lectura de este trabajo. Muchas más si nos situamos desde la perspectiva de la Bogotá de hoy, y más aún, de la Bogotá que ha crecido hacia el sur, por fuera –o a espaldas– de lo pensado por los sectores que toman las decisiones, o a veces también en una combinación perversa de ilegalidad y legalidad con las políticas de gobierno y Concejo.

Pero quiero volver al libro y a su significado. Resaltar que el libro es básicamente un trabajo de grado de la carrera de Historia de la Universidad Nacional. Adriana fue una alumna aventajada en dos o más de los cursos de pregrado y

¹ Cabe mencionar, a modo de anotación, que la autora del libro acaba de terminar una investigación sobre este tema que es su monografía de posgrado en la Maestría en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá.

posgrado que he dirigido en ese Departamento. El que sea un trabajo final de pregrado muestra que sí es posible la investigación en este nivel de formación y que ella no debe reservarse con exclusividad a los posgrados; no sólo es posible, agrego yo, sino indispensable en un pregrado que aspire a tener condiciones de calidad; al menos en las carreras disciplinares de ciencias y de ciencias sociales, difícilmente el investigador se improvisa en el posgrado si su formación anterior no ha sido armada alrededor de la investigación. Otra cosa es pensar que el 100% de los egresados de pregrado resulten siendo investigadores; la selección natural segregará a los que continúen por ese senda, que son los candidatos a las maestrías y los doctorados, y los que escojan el rumbo profesionalizante. A los primeros debe estimularse a proseguir su formación investigativa con una estructura flexible que, por ejemplo, permita a los que sobresalgan por sus competencias de investigación, como es el caso de la autora de este trabajo, ingresar directamente a los estudios de Doctorado.

Es la ocasión para expresar mi punto de vista en el debate que se está librando en la Universidad Nacional y que marca pauta, sin duda, hacia el resto del sistema universitario: el trabajo final, monografía o tesis, es una pieza clave dentro de la formación de pregrado, debe estimularse aunque sin ser el único camino para graduarse ni detener, por causa de él, al estudiante meses y años. Debe servir para establecer quiénes tienen capacidad y gusto para investigar, que serán entonces los próximos alumnos de las maestrías y los doctorados, a los cuales debe facilitarse, en un sistema ágil y flexible, su formación sin detenerlos tampoco en esperas innecesarias. En el estímulo a la investigación desde el pregrado, de lo que estamos hoy recogiendo justamente una cosecha, debe proseguir con fuerza uno de los programas más importantes del sistema de universidades: el concurso de los mejores trabajos de grado.

Esta cosecha, digo finalmente, es el comienzo de cosechas mayores: estamos en el inicio de una larga y fecunda carrera de una verdadera historiadora.